

COMUNICACIONES

El anfitrión de la traducción

Díez Fischer, Francisco (Universidad Católica Argentina-CONICET)

Cuando alguien ha pasado muchos años junto a un filósofo, escuchando sus ideas y leyendo sus libros, la proximidad y la cercanía le conceden el atrevimiento de resumir aquellos temas medulares que le han interesado. En el caso de quienes se han acercado a Ricoeur cuentan con la ventaja de saber, casi enseguida, que la traducción constituye uno de los ejes de fuerza de su filosofía. El tema fraguó en su tiempo de madurez y fue puesto en escena a lo largo de tres años consecutivos (1997-1999) en tres pequeñas obras: *Défi et bonheur de la traduction*, *Le paradigme de la traduction*, y *Un "passage": traduire l'intraduisible*. Los tres textos son hijos ejemplares del llamado siglo de la traducción, y fueron gestados bajo la dirección de la misma pregunta: ¿En verdad, es posible traducir?

La paradoja se oculta en la definición

Para dar respuesta a la cuestión, Ricoeur tomó como punto de partida la definición de traducción que ofrece *Le Robert*. Traducir es el acto de "hacer que eso que estaba enunciado en una lengua lo sea en otra, tendiendo a la equivalencia de sentido y de valor de los dos enunciados". La descripción ya supone de por sí una situación curiosa: la existencia de una muy numerosa diversidad de lenguas. Si nos guiamos por criterios darwinianos, el hecho de que existan tantos idiomas diferentes es poco ventajoso para la supervivencia de una especie en comunidad. Siempre será más difícil mantener unido a un grupo en el que, para que sus miembros puedan comprenderse, haya que traducir constantemente los mensajes entre cada uno de ellos. Sin embargo, el dato es innegable y la paradoja puede formularse como una contradicción entre la universalidad del lenguaje: "todos los hombres hablan" y la particularidad de sus múltiples y diseminadas realizaciones: "todos los hombres hablan, pero hablan idiomas diferentes".

Pensar este hecho paradójico abre un juego teórico de posibilidades de fundamentación que Ricoeur examinó con detenimiento: 1) o bien la diversidad de lenguas implica una heterogeneidad tan radical que la traducción es, en verdad, imposible; 2) o bien la diversidad es sólo aparente y hay un fondo común entre las lenguas que permite pasar de una a otra. En este segundo escenario suponemos que: 2.1) o hay una lengua originaria (*lingua Adámica*) que hace posible traducir porque de ella han surgido todas las otras y desde ellas podemos rastrear sus huellas y reconstruirla, 2.2) o hay una lengua universal que permite la traducción porque es condición *a priori* de todas las lenguas y podemos descubrirla a partir de los análisis estructurales de las gramáticas existentes¹.

Aun es más desconcertante que, analizando otro sentido más amplio de traducción, Ricoeur encuentre la misma paradoja repetida en el interior de cada lengua.

¹ En tal sentido, Leibniz pensaba que era practicable la construcción de una lengua absolutamente unívoca, la lengua perfecta que prefiguraba el lenguaje informático, que fue recogida inicialmente por Wittgenstein, para luego ser desechada bajo la conclusión de que jamás seremos capaces de abolir la confusión y la ambigüedad. Por extraño que parezca, la eficacia del lenguaje no está en su literalidad.

Siguiendo la formulación de George Steiner, todo “comprender es traducir” (Steiner, 1995, p. 11.), puede entenderse por traducción cualquier fenómeno de interpretación. Los que hablamos un mismo idioma, cada vez que nos comprendemos, estamos, de alguna manera, traduciendo, es decir, intentado superar una diferencia. Incluso, desde el comienzo, aprender a hablar es aprender a traducir. “Cuando el niño pregunta a su madre por el significado de esta o aquella palabra, lo que realmente pide es que traduzca a su lenguaje el término desconocido. La traducción dentro de una lengua no es, en este sentido, esencialmente distinta a la traducción entre dos lenguas.” (Paz, 1996, p. 510).

En síntesis, tomando cualquiera de sus sentidos, la traducción nos enfrenta a la constante diferencia, que se establece como una catástrofe lingüística inevitable, en la que nos sumergimos a diario por el simple hecho de que todos, sin excepción, estamos condenados desde un comienzo a ser recibidos en un lenguaje.

El drama de lo intraducible

Desde la perspectiva de un análisis teórico, Ricoeur deduce que el problema de la traducción, expresado como un binomio de posibilidades excluyentes entre intraducibilidad o traducibilidad (punto 1 y 2) conduce a un callejón sin salida. Consideremos el primer caso. Las posturas a favor de la heterogeneidad radical de los idiomas y, por lo tanto, de la imposibilidad de traducir se apoyan sobre el hecho innegable de que hay infinidad de expresiones, palabras, matices verbales, connotaciones e incluso silencios, que no pueden transferirse de una lengua a otra. Si buscamos con detenimiento una equivalencia entre palabras, cuando los hispanohablantes decimos *mesita de luz*, encontraremos que los franceses y los ingleses dicen *mesa de noche* (*night-table* o *table de nuit*)². Mientras un inglés toma fotos, el español las saca y el guaraní las quita. Nosotros presentamos a nuestros amigos y los ingleses los introducen. Las cosas suceden (*happen*) en inglés, llegan (*arrivent*) en francés y *pasan* en español. Mientras andamos en la *cuerda floja*, los ingleses andan en la *cuerda tensa* (*tight-rope*). De igual modo, constatamos que sólo en español los árboles tienen *copas*, y que no hay equivalente en otros idiomas para nuestra distinción entre *parpadeo* y *pestañeo*. A nivel de frases la intraducibilidad es aun más evidente. Cuando nos cruzamos con alguien le decimos *¿cómo te va?*, mientras que el francés le pregunta *comment vas-tu?* (*¿cómo vas?*) y el inglés *how are you?* (*¿cómo estás?*). *Tomamos un paseo* (*to take*) en inglés y lo *hacemos* en francés (*faire un promenade*). En cambio, *tomamos paciencia* (*prendre patience*) en francés y la *tenemos* (*be patient*) en inglés. Curiosamente es intraducible a otros idiomas nuestra expresión castellana *vaya a saber*. Para nosotros, cuando las cosas no se relacionan entre sí, no tienen *nada que ver* y para los angloparlantes, no tienen *nada que hacer* (*nothing to do*). Nos hacemos ya una idea de la carga insoportable que recae sobre los traductores. La asimetría de todos estos intraducibles esparcidos por la obra hace de la traducción un drama en el que traspasar las fronteras idiomáticas llega a tener un precio tan alto de retenciones que casi impide el intercambio. O peor aun, como sugiere Ricoeur con cierto humor, la transferencia exige el valor de convertirse en esquizofrénico para ser bilingüe³.

² Agradezco aquí los valiosos aportes de Iyonne Bordelois en su libro *Del silencio como porvenir*, donde describe cada uno de estos intraducibles (p. 21 y ss).

³ El mismo alto precio parece imponerse en el mercado interior de una lengua; por ejemplo, en los giros propios de cada lugar. El español, que se habla en Colombia, utiliza la expresión “¿me regalas?”, en general para pedir algo, lo cual provoca situaciones cómicas en otros contextos donde “regalar” significa

La separación traducible

Las posturas opuestas argumentan a favor de la posibilidad de traducir en virtud del hecho, por demás indiscutible, de que la traducción existe más allá de las altas retenciones estipuladas. Efectivamente, a pesar de las diferencias, traducimos, y este *factum* lingüístico reconduce el planteo del terreno teórico al práctico. Traducir puede ser incomprensible teóricamente, pero practicable de hecho en tanto podemos aprender y comprender otro idioma y, en sentido amplio, en tanto podemos entendernos entre los que hablamos una misma lengua. Ante esta situación innegable, Ricoeur examina las dos opciones de fundamentación teórica vigentes: o bien la traducción es practicable porque existen códigos *a priori* que son reconstruibles, o bien porque en todas las formas idiomáticas existen huellas de una lengua originaria. Desestima la primera por una apelación a la ignorancia. Como luego de tantos años de estudios no se ha encontrado un léxico o una fonología universal entre las distintas gramáticas, es probable que esa estructura *a priori* en verdad no exista. La segunda posibilidad lo orienta hacia la relectura de la historia de Babel. ¿Hay razones para comprender la diversidad de lenguas como una catástrofe lingüística inflingida por un dios celoso? Es llamativo que, a lo largo de toda la narración bíblica, no se encuentre una recriminación, queja o acusación divina a diferencia de lo que sucede en la expulsión del paraíso⁴, en el fratricidio de Abel, u otros infortunios similares. La rareza de esta omisión apunta para Ricoeur a que la historia de Babel establece un extraño principio práctico. La diversificación lingüística pertenece a esa clase de situaciones irreversibles en las que un mero fruto de la naturaleza, la fraternidad, adquiere el sentido de un trabajo.

El hecho de la diversidad de lenguas provoca una incompreensión que conduce inevitablemente a la separación, dispersión y diseminación geográfica. Nos separamos porque *ya* no nos entendemos. Pero ¿qué sucedería si la situación de separación que existe de hecho no implicara una unión o comprensión anterior y originaria, en este caso, una lengua común? Significaría que tampoco habría habido un acto de separación, es decir, de pérdida. Desde el comienzo, existiría más bien una situación que reclama “algo que hay que hacer” ante el hecho irreversible de las diferentes lenguas. Ricoeur parafrasea a Benjamin: “Mira, mira, así son las cosas. A partir de esta realidad de la vida, ¡traduzcamos!” (Ricoeur, 2004, p. 37). El matiz práctico de la interpretación coincide con el hecho de que, en la historia bíblica, no hay recriminación alguna por parte de Dios. No obstante, el punto de crítica salta a la vista. La lectura entra en conflicto con la idea de separación que conlleva necesariamente la representación de una distancia provocada por una causa. Según *Le Robert*, separar es “hacer cesar de ser una cosa *con* otra” También “hacer cesar que muchas cosas estén juntas”. En ambos casos se hace referencia a un originario haber estado unido que se ha perdido. En cambio, hay otras acepciones que podrían fortalecer la interpretación práctica propuesta por Ricoeur. Separar es también “hacer que las personas no estén juntas, ni estén más

“pedir sin dar dinero a cambio”. Del mismo modo, un hablante rioplatense dice “saco” y “pollera”, en vez de “chaqueta” y “falda”. A diferencia de otros idiomas con versiones más geográficamente concentradas, el español tiene múltiples centros de irradiación, tanto en España como en América, de allí que haya un acuerdo sobre un “español neutro” que debe ser usado en ciertos productos inter-hispanoamericanos como las telenovelas.

⁴ Es curiosa la duda lingüística que Robert Payne tiene respecto de Adán. Cuando dijo por primera vez “manzana”, ¿sabía lo que estaba diciendo? Pudo haber querido expresar algo enteramente distinto, algo así como “Ten cuidado, porque es peligroso”. En lugar de ello, dijo “manzana” y ya sabemos lo que sucedió (cf. Payne, 1976, pp. 78-82).

en contacto”. La situación de separación podría referir de hecho a este trabajo. Mi lengua debe dejar de reñir con otra de la cual se encuentra originariamente y siempre a distancia. La dirección de esta interpretación parece ser atestiguada por la circunstancia de que siempre suelen pelear los que no se comprenden. Si primeramente hay que hacer un esfuerzo por comprendernos, ya que hablamos distintos idiomas -lo cual no presupone un originario habernos entendido-, el trabajo de traducir no sería la búsqueda de recuperar un entendimiento anterior, sino la posibilidad de sobrellevar el conflicto que viene de la mano con la diferencia intraducible. Dejar de enemistarse con el texto del que siempre estaremos a una distancia insalvable. El trabajo que queda por hacer es unir sin asimilar, ligar al separado sin borrar la separación; una forma de lo que Ricoeur llama “justicia” como justa distancia.

Un trabajo de duelo sobre el Absoluto Literario

Volvamos sobre los hechos constatados. Existimos separados, confundidos y en conflicto. Vivimos desde siempre en lo que podríamos llamar la *Babel abandonada*. Nos queda el acto de traducir no ya como una obligación moral de restablecer lo perdido, sino como tarea que hay que hacer ante el hecho irreversible de la diferencia lingüística. Ricoeur descubre aquí el deseo de traducir que motiva la tarea más allá de la obligación y de la utilidad en vistas a ampliar el horizonte de la propia lengua. La tarea compromete el trabajo de duelo que hereda de Freud (cf. Freud, 1917, pp. 241-255) pues la traducción requiere un trabajo sobre dos muertes, dos resistencias íntimas, que exigen ser superadas para ampliar la propia lengua sin conquistar la diferencia. Una pertenece al idioma materno de acogida y otra al idioma extraño en el que ha sido escrito el texto original. La primera es la superación del odio al extranjero percibido como amenaza⁵. Siempre hay que lograr sacarle la cuota de peligro y de posible enemigo que tiene quien permanece a distancia. La segunda implica más estrictamente un duelo en el sentido de un trabajo de liberarse y soltar un objeto de amor, lo cual, como muestra Freud, requiere un gasto de tiempo y energía. La economía del duelo está contemplada en el presupuesto de la tarea de traducir porque exige la renuncia al ideal mismo de la traducción perfecta (y con ella, la renuncia a la dinastía enemiga de traductores venideros). Ricoeur imagina esta resistencia bajo la figura literaria de un Libro o de una Biblioteca Total donde los intraducibles habrían sido borrados definitivamente; una suerte de Absoluto Literario con el que otros han soñado. Jorge Luis Borges lo conjuraba en el título de uno de sus cuentos más famosos *La Biblioteca de Babel*⁶, en el que describía una Biblioteca Total, homologable al Universo, cuyos anaqueles registraban todas las posibles combinaciones de símbolos ortográficos, o sea, que abarcaban todo lo que es dable expresar en todos los idiomas:

Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto. No había problema personal o mundial cuya elocuente solución no existiera en algún hexágono. El

⁵ La palabra latina *hostis* refiere a esta resistencia, pues se puede traducir al español tanto por huésped o como por hostil y enemigo. La lengua griega también da cuenta de esta ambigüedad, *xenos* significa “extranjero, forastero, huésped, amigo o soldado mercenario”.

⁶ Es llamativo que el epígrafe con el que comienza la narración de Borges pertenece a un libro llamado coincidentemente “el libro de todos libros”, *The Anatomy of Melancholy*. Los principales escritores se han dedicado, por lo general, largo tiempo a la tarea teóricamente imposible de traducir. Incluso André Gide, aconsejaba a cada escritor hacer en el curso de su vida por lo menos una traducción y pasar por el drama de lo intraducible.

universo estaba justificado, el universo bruscamente usurpó las dimensiones ilimitadas de la esperanza” (Borges, 1997a, pp. 467-468).

El duelo libera del amor a una *Biblioteca Total* -posible de situar imaginariamente en Babel antes de la catástrofe-, donde cualquier diferencia intraducible quedara borrada por la onni-expresión de todas las posibilidades. Anheló que se correspondiera con la superstición de la existencia de un “Hombre del Libro”, un bibliotecario poseedor del libro que era la cifra y compendio perfecto de todos los demás, un Libro Total que hacía de quien lo leyera un análogo de Dios; semejante a un Traductor que jamás traicionara.

Ambos duelos conducen al círculo en espiral del trabajo incesante de traducir y retraducir⁷. Ricoeur recurre al espiral de la retraducción porque comprende que la paradoja de la diferencia no sólo consiste en que la misma cosa puede decirse de formas distintas en idiomas diferentes, sino porque buscamos seguir diciéndola incansablemente de otras maneras, incluso entre los que hablamos una misma lengua. Al traductor no le queda otra que traicionar, porque la transitoriedad es la misma esencia de la traducción. Así queda en escena el hecho de que traducir es una empresa de aproximación constante que siempre tiene por intención desprovincializar la lengua materna. Pensarla como una lengua entre otras, tan extranjera como aquellas que la visitan. Aquí está la ganancia que viene con la pérdida de los absolutos lingüísticos en la dramática del traductor. Aceptar una fórmula de equivalencia sin adecuación, de justa distancia en el trabajo de construir comparables que toma la forma de una “hospitalidad lingüística”; una idea de llegada a la que vale la pena prestar más atención.

La hospitalidad del traductor

Entre el acto de hospedar y traducir hay un elemento común que es el recibimiento. No sólo es el componente esencial del ejercicio de la hospitalidad, sino que está presente en la traducción en tanto es una forma de recibir a un texto en otra lengua y en otra cultura que no son las de origen. En ambos casos, el recibimiento supone la existencia garantizada de una morada o de una lengua materna que le pertenece a quien acoge. En efecto, la posibilidad de dar hospedaje a un extranjero comienza con un pedido de lugar formulado por el visitante: ¿dónde puedo alojarme? La interrogación da por supuesto que en la respuesta hay un vínculo esencial con el espacio que habita aquí y ahora el anfitrión, al que está ligada su identidad. Cada uno pertenece a una tierra y a una lengua a las que llama *aquí*, constitutivamente identitarias, en las que puede hospedar extranjeros sobre el presupuesto de que son de su propiedad y pertenencia. A partir del aparente derecho de posesión con el que los miembros de una misma comunidad se adueñan de la tierra y del idioma, el huésped queda definido por contraste como el singular, un ser de pasaje con carácter nómada, sinónimo de efímero y transitorio⁸. Su identidad negativa está determinada por su no-pertenencia, es decir, su ser no-nacional y no-ciudadano, (“el que no es uno de los nuestros”, “*qui n'est pas de 'chez nous'*”) y por todo lo que no le pertenece, es decir, un sin-ley y sin papeles. Todas las

⁷ Es interesante que el espiral sea la forma más común bajo la que se representa la Torre de Babel. La famosa pintura de Pieter Bruegel, el grabado de M. Escher de 1928 y una variedad de dibujos confirman la figura.

⁸ Respecto de la temporalidad característica del huésped, existe la “regla de los tres días”, presente en muchas culturas desde la árabe hasta la alemana, que dictamina que “el huésped es como el veneno, al cabo de tres días, comienza a hacerse sentir”.

definiciones sociales, jurídicas y políticas de huésped refieren a esta asimetría intraducible que excluye la diferencia de lo que él es por sí mismo. Su negatividad queda reforzada por el hecho innegable de que la hospitalidad implica siempre una dependencia. El huésped depende de la bondad de su anfitrión, por eso el acto de hospedar parece tener como vocación primera la integración. Integrar es someter al otro a mi ley, exigir su metamorfosis, su transformación, es decir, ejercer de cierta manera una violencia.⁹

A pesar de ciertos lazos etimológicos, la historia de la hospitalidad no parece haber estado originariamente vinculada a la voluntad de control e integración, ni a la exigencia de papeles, sino a preservar la identidad del extranjero como deseo de guardar para sí eso que él es¹⁰. De modo que la dependencia implica más bien hacer un don gratuito de sí. El anfitrión comparte con su huésped los bienes que le pertenecen: su casa, su comida, su abrigo. Hace un gesto de acogimiento gratuito por el cual tiende un frágil puente entre dos mundos: el interior y el exterior, donde habitan el que pertenece y el que no; el que posee bienes y el que no tiene. Tal pasaje requiere una invitación porque “autoriza la transgresión de los límites sin recurrir a la violencia” (Raffestin, 1997, p. 166).

Si la hospitalidad no es una integración ni una intrusión violenta, ¿qué es lo que ocurre al ser admitido al interior con la promesa de una donación gratuita? En el origen de la palabra está el verbo *hostire* que significa “tratar de igual a igual, compensar”¹¹. La gratuidad de la donación refiere al gesto de compensación que realiza el anfitrión para poner en pie de igualdad al huésped. Intenta compensar la asimetría. Lo protege y comparte sus pertenencias con él, que no tiene originariamente ni lugar ni posesión (por eso, la caridad y la solidaridad son formas vecinas y derivadas de la hospitalidad).

Si, en este punto, volvemos sobre el acto de traducir, la función del traductor parece ser claramente la del anfitrión. Está entre el texto extranjero que acoge y lee, y el texto de arriba que escribe para el lector; lo cual determina su carácter de profesión invisible. La compensación es el elemento intangible que ofrece, pero no refiere a dar albergue y alimentar, sino al acto de conversar, pues en el reconocimiento y la práctica del insuperable espiral dialógico del acto de traducir y retraducir él encuentra su recompensa (Ricoeur, 2004, p. 19). La traducción adquiere el sentido de un paradigma de hospitalidad como modelo de compensación fiel a la diferencia del idioma. Su tarea es no quitar a la obra su sabor extranjero. La recepción hospitalaria permite al otro otras capacidades de las que él es también capaz¹². Sin embargo, el traductor logra aun algo más como anfitrión. En tanto hablante de una lengua de llegada se pone al nivel de la lengua de origen del texto que “él va, de alguna manera, a habitar para traducir, a fin de recibir en su lengua el mensaje traducido” (Ricoeur, 2006, p. 6). El traductor es una clase de extraño anfitrión que, para recibir al huésped, sale a habitar en el extranjero.

⁹ Sin duda, pueden destacarse otros sentidos de integración menos violentos como, por ejemplo, la integración -por cierto en nada sencilla de alcanzar- que se logra en el matrimonio.

¹⁰ El pedido de cartas de identidad, de nombres y apellidos, de lugar de nacimiento, profesión y finalidad del viaje niegan la hospitalidad a los “sin papeles”, para invitar sólo a aquellos que sean iguales (poseedores de pertenencias).

¹¹ El verbo dio lugar no sólo a *hostis* (enemigo), sino a *hostimentum* (compensación) y a *hostia*, que era la “víctima destinada a compensar la cólera de los dioses” (cf. Rey, 1992, p. 1744).

¹² En contraposición con la *potestas* del déspota, la *auctoritas* del anfitrión-traductor tiene el sentido del aumento o incremento de las capacidades del huésped.

Conclusión

La traducción es una forma paradigmática de hospitalidad porque en su dialogicidad logra como acto de igualación hacer memoria de haber sido extranjero. No es memoria de hechos reales, sino el recuerdo del exilio como experiencia fundadora. Haber devenido nacionales, eso que creemos ser la mayoría de las veces, es haber devenido sedentarios por creer que el lenguaje y la tierra, que nos dan la identidad, nos pertenecen. Pero la diversidad de Babel descubre la violencia de la apropiación primera. Como describía Rousseau: “Hay un primero que dijo, aquí es mío y hubo un segundo imbécil, para creerlo”. La propiedad y la pertenencia del lugar -aparente exigencia para poder ofrecer hospitalidad- se manifiestan por la traducción y en el acto mismo de “aquí te recibo” como una mentira. El huésped extranjero cuestiona la certeza de ser dueños y de erigir fronteras. Nos convierte en los primeros traductores de nosotros mismos. Nadie tiene siquiera derecho de encontrarse en un sitio de la tierra más que en otro. Enfrentamos, lo que Ricoeur llama, el fantasma del azar del propio nacimiento: Podría haber sido cualquier otra cosa; no es necesario ser de aquí (cf. Ricoeur, 1999, punto 3).

La hospitalidad de la traducción confronta con la fragilidad de la identidad; la desestabiliza. ¿Qué nos pertenece y a qué pertenecemos? La interrogación anida como la respuesta del huésped, y pone en evidencia la pertenencia al extranjero, porque no tenemos propiedad ni sobre la tierra ni sobre el idioma. En definitiva, descubre la propia extranjería y la ausencia final de dominio sobre las raíces últimas de nuestra existencia. Traducir es salir a habitar otra lengua y recordar (recorrer) un exilio. Devenir otro entre otros al aprender que eso que se dice en nuestro idioma puede decirse de otras formas en otros idiomas y en la misma lengua. Avanzamos por el camino de la inquietante extranjería para descubrir que el huésped diferente que recibimos, sin ser un igual, es un semejante.

Referencias bibliográficas

- AAVV (1996) *Teorías de la traducción. Antología de Textos*. Editor Dámaso López García, Escuela de traductores de Toledo, Ed. Univ. de Castilla-La Mancha.
- AAVV (2004) *Le livre de l'hospitalité. Accueil de l'étranger dans le histoire y les cultures*. Paris: Bayard.
- AAVV (2006) *Fenomenología por decir. Homenaje a Paul Ricoeur*, (comp. Patricio Mena Malet). Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- AAVV (2006) *Hostilidad/hospitalidad*. En: *Cuadernos de Nombres*, Córdoba: Editorial Brujas.
- AAVV (1976) “Problemas de la traducción”. En: *Revista Sur*, N° 338-339.
- Benveniste, E. (1969) *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*. Paris: Les Éditions de Minuit, 2 Vol.
- Berman, A. (1984) *L'épreuve de l'étranger: Culture et traduction dans l'Allemagne romantique*, Paris: Gallimard.
- Bordelois, I. (2010) *Del silencio como porvenir*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2010.
- Borges, J. L. (1997a) *La Biblioteca de Babel*, en *Obras Completas*, Tomo I, Barcelona: Emecé Editores.
- (1997b) “Los traductores de *Las 1001 Noches*”, en *Obras Completas*, Tomo I, Barcelona: Emecé.
- (1964) *The Spanish Language in South America, a Literary Problem*, Londres.

- Derrida, J., Y Dufourmantelle, A. (2006) *La hospitalidad*. Buenos Aires, Editorial De la Flor.
- Freud, S., (1917 [1915]) “Duelo y Melancolía”, en *Obras Completas*, Vol. 14, pp. 241-255.
- Jervolino, D. (2007) *Ricoeur. Hermeneutique et traduction*. Paris: Ellipses Édition.
- Jousse, M. (1974) *L'Anthropologie du geste*. Paris: Gallimard.
- Raffestin, C. (1997) “Réinventer l'hospitalité”. En: *Communications*, N° 65 (L'hospitalité), Pp. 165-177.
- Rey, A. (1992) *Dictionnaire historique de la langue française*. Paris: Le Robert, 1992.
- Ricoeur, P. (2001) *Le Juste II*. Paris: Esprit.
- (1999) *L'unique et le singulier*. Bruxelles: Alice Éditions.
- (1999) “Étranger soi-même”. En: *Revue Réseaux des Parvis*, N° 46, pp. 1-7.
- (2004) *Sur la traduction*. Paris: Bayard.
- (2006) “La condition d'étranger”. En: *Revue Esprit*, N° 3-4, pp. 1-11.
- Steiner, G. (1995) *Después de Babel*. México: FCE, D.F..